

# EL DIALOGO DEL GOBIERNO CON EL FMLN-FDR: UN PROCESO PARALIZADO

Tomás R. Campos

## RESUMEN

*El diálogo no es más que uno de los elementos de un proyecto más amplio, tanto en el caso del gobierno y de Estados Unidos como en el del FMLN-FDR. En esto radica su debilidad y su fuerza. El propósito de las siguientes páginas es explorar los puntos fuertes y débiles del diálogo dentro de los dos grandes proyectos en pugna.*

*Primero el autor se pregunta por la función del diálogo dentro de la estrategia política del presidente Duarte. En la segunda parte analiza sus límites y dificultades, en especial su difícil acomodo dentro del proyecto general de Estados Unidos para El Salvador y más ampliamente para Centroamérica. Luego analiza sus logros positivos, porque pese a todo, el diálogo ha representado una novedad en la guerra civil salvadoreña. Finalmente, intenta explicar por qué su estrangulamiento y paralización, concretamente por qué el presidente Duarte no ha podido llevar el diálogo adelante. La conclusión del autor es que el primer año presidencial de Duarte es del todo satisfactorio por lo que toca al diálogo.*

El anuncio de un diálogo entre el gobierno y los frentes revolucionarios hecho por Duarte ante la Asamblea General de las Naciones Unidas el 8 de octubre de 1984 y, sobre todo, la primera reunión de ambas partes en La Palma el 15 de octubre constituyó uno de los gestos políticos más importantes ocurridos en el primer año de su presidencia. Despertó fuertes expectativas y también fundados temores precisamente por su importancia potencial. Sin embargo, la marcha tortuosa del proceso del diálogo y, en especial, los avatares sufridos por él durante el mes de mayo, los cuales llevaron al pronunciamiento del FMLN-

FDR firmado el 28 de ese mes, obligan a ciertas reflexiones, cuyo objetivo no es tanto enjuiciar lo ocurrido como, desde ese enjuiciamiento, tratar de despejar el camino que, si no se recorre, traerá a El Salvador un acrecentamiento de sus males, que cualquier ciudadano responsable, no digamos ya las autoridades públicas, deberían tratar de impedir. Lo que se inició como un proceso esperanzador es hoy un proceso paralizado, pero tal vez pueda revitalizarse, a pesar de las dificultades intrínsecas que tiene y de los intereses encontrados en los cuales, está envuelto.

Ciertamente el diálogo no es más que uno de los elementos de un proyecto más amplio tanto en el caso del gobierno y de Estados Unidos como en el caso del FMLN-FDR. En eso radica su debilidad y su fuerza. Su debilidad porque no es el elemento esencial del proyecto y, por tanto, está condicionado y limitado por los elementos esenciales; su fuerza, porque es en sí un elemento importante que de alguna forma puede influir sobre aquellos elementos esenciales y también sobre el proyecto general. Este artículo no se va a referir a ese proyecto general, sino que teniéndolo en cuenta va a insistir más en el análisis y la proyección de ese elemento del conjunto que es el diálogo. Da por supuesto lo que la revista *ECA* ha tratado sobre este punto (cfr. los editoriales "Diez tesis sobre el proceso de negociación," 1983, 417-418, pp. 601-628 y "El aporte del diálogo al problema nacional," 1984, 432-433, pp. 729-762; y el artículo de Tomás R. Campos, "Las primeras vicisitudes del diálogo entre el gobierno y el FMLN-FDR," 1984, 434, pp. 885-903), para actualizar el tema desde la perspectiva de un año completo de gobierno del presidente Duarte.

### 1. Función del diálogo en la gestión política de Duarte

Uno puede preguntarse el papel que desempeña el diálogo hoy día en el plan general de los frentes, pero ese es un problema aparte. Lo que ahora se examina aquí es lo que el diálogo representa en la estrategia política de Duarte. Tal limitación está justificada, en primer lugar, porque se presenta como limitación y, en segundo lugar, porque para Duarte el diálogo tal como se ha emprendido es una iniciativa suya. Por ello interesa preguntarse no tanto por lo que movió a Duarte a emprender el diálogo, sino por la función que el diálogo desempeña en su estrategia política. Esta estrategia no es la que se está imponiendo en el país, pero no deja de tener influencia en él.

Rubén Zamora, alto dirigente del FDR, expuso ante la asociación salvadoreña de científicos sociales en México, los motivos que, según él, movieron a Duarte a lanzar la iniciativa del diálogo. Esos motivos eran los siguientes: 1) la presión interna y externa a favor del diálogo; 2) la marcha positiva de la guerra según la percepción gubernamental, lo cual exigía preparar un final no terrorista; 3) ganar puntos para las elec-

ciones de marzo de 1985; 4) una maniobra para desvirtuar las exigencias de Contadora; 5) favorecer el triunfo de Reagan en las elecciones presidenciales de 1984. Son motivos plausibles, algunos de los cuales todavía tienen vigencia (1, 2 y 4), pero otros ya no la tienen. Esto explicaría el distinto modo como se propagandizó el diálogo al principio y el modo como se lo está presentando hoy.

Para comprender más a fondo el papel del diálogo en la estrategia de Duarte la cual, en principio, no tiene por qué identificarse con la estrategia de Reagan, aunque más tarde señalaremos las dependencias de aquella respecto de ésta, hay que puntualizar algunos aspectos: a) Duarte pretende mantenerse en el poder durante el periodo constitucional que le corresponde, robusteciendo tanto su poder personal como el ejercicio del poder constitucional lo más que le sea posible; b) subordinadamente al punto anterior quiere tratar de resolver los problemas del país, entre los cuales el principal es el de la guerra; c) sólo en tercer lugar busca una democratización del país consistente en un robustecimiento del poder civil tanto frente al poder militar como al poder del capital y derivadamente consistente en una mejora del respeto de los derechos humanos y en una mayor apertura política; d) busca resolver de algún modo el problema económico de las mayorías dentro del marco de un capitalismo moderado para evitar la vigencia entre nosotros de los movimientos revolucionarios.

Todos y cada uno de estos puntos podrían salir más o menos adelante, según los casos, si el diálogo con el FMLN-FDR, tuviera éxito. Desde luego el diálogo y, llegado el caso, la negociación, se presentaban como uno de los pocos instrumentos políticos que aparentemente podría manejar con cierta autonomía. Otros instrumentos no están en su mano. Así, la guerra es, ante todo, cosa de los militares y de la administración Reagan; la reactivación económica depende de un conjunto de variables externas e internas que le dejan poco juego; las acciones de la empresa privada en lo económico y en lo político no son fácilmente controlables desde la esfera gubernamental. Sí están más en su mano las relaciones internacionales. Y lo está el diálogo. Aunque estos dos campos están también sometidos a presiones, no lo están en la misma medida como lo están otros y, desde luego, no dependen directamente de otras fuerzas para su ejecución.



La puesta en marcha de este mecanismo político ofrecía, por un lado, la ventaja política y propagandística de ser algo importante: Duarte podía ofrecer en su calidad de presidente una propuesta de cierta envergadura, con la cual demostraba que realmente ejercía como presidente. Por otro lado, se planteaba su utilización de tal modo que de él tenía mucho que ganar y poco que perder. Efectivamente, si el diálogo tenía éxito, era fácil que se apropiase de sus ventajas: habría demostrado su capacidad política, habría respondido a una necesidad y un anhelo de la mayor parte de la población y alcanzaría para la gestión de su mandato presidencial la calificación de democrática y dialogante; si, en el caso ideal, el proceso del diálogo se llegara a convertir en un verdadero proceso negociador y éste trajera realmente la pacificación del país o, al menos, permitiera avanzar sustancialmente en esa línea, podría hablarse de un éxito político sustancial y aun de una exitosa misión histórica: habría superado la mayor división histórica del pueblo salvadoreño y habría entrado con ello en un real proceso de democratización, en el cual los sectores populares pudieran hacerse presentes directamente como partícipes efectivos del poder político, del poder social y del poder económico. Si, en cambio, el diálogo no tuviera éxito, era fácil echar la responsabilidad a la intransigencia del FMLN-FDR que no habría sido capaz de aprovechar en favor del pueblo salvadoreño la gene-

rosidad de la oferta presidencial.

Puede aceptarse que hasta aquí llegaba la intencionalidad de la propuesta del diálogo por parte del presidente. Pero esta propuesta fue asumida inmediatamente y controlada después por la administración Reagan. Desde esta perspectiva más amplia el diálogo se convirtió en una pieza fundamental de un plan mayor: puede favorecer, salvados sus peligros, a claros intereses norteamericanos como son el conseguir más fácilmente en el Congreso ayuda militar y ayuda económica —no se olvide que el Congreso había exigido más de una vez como condición de la ayuda que se entrase en alguna forma de diálogo con los frentes—, el poder llevar adelante la dinámica de la guerra y el contrarrestar la posición negativa norteamericana ante las propuestas de Contadora; adicionalmente, permitía urgir a los sandinistas a que iniciasen el diálogo con los contras como Duarte lo estaba haciendo con los frentes. Fue precisamente la asunción por parte de Estados Unidos de la idea del diálogo lo que permitió a Duarte sobrepasar la resistencia que al mismo puso pronto la extrema derecha tanto militar como política y económica. Una vez más, la extrema derecha no comprendió que las cosas no podían ir muy lejos en favor de los revolucionarios, si es que la propuesta en cuestión estaba respaldada conjuntamente por Duarte y Estados Unidos.

## El diálogo se convirtió en una pieza fundamental de un plan mayor: servir a los intereses norteamericanos.

### 2. Los límites y las dificultades del diálogo

Que el diálogo tenía en sí ciertas virtualidades es innegable. Era una pretensión de los frentes revolucionarios y esto indica ya que las ventajas y los riesgos del mismo no eran ni simples ni unilaterales. Asimismo la fuerte reacción en contra de la extrema derecha e incluso de la institución militar como un todo aprueban que con él se trataba de algo nuevo, muy distinto a lo que se había propuesto en la presidencia provisional de Magaña (1982-1984). Ambas partes en conflicto estaban dispuestas a enfrentarse también en la mesa del diálogo. Lo que era posible en el campo de la guerra y del enfrentamiento violento y lo que no era posible en el campo del juego electoral, se hacía posible también en el campo del diálogo. A la búsqueda de soluciones por el camino alternativo o yuxtapuesto —ya se veía—, la búsqueda de soluciones por el camino del diálogo y de la negociación. Cada parte se consideraba justificada para emprender este camino y cada parte estimaba que lo podía poner a favor de sus intereses. Sin embargo, el diálogo tenía en sí mismo límites y dificultades, cuya superación es poco menos que imposible si es que se lo quiere considerar como el medio principal en la solución del conflicto principal (cfr. I. Ellacuría, "¿Solución política o solución militar para El Salvador?", *ECA*, 1981, 390-391, pp. 295-324; "La declaración conjunta mexicano-francesa sobre El Salvador," *ECA*, 1981, 395, pp. 845-866).

La dificultad y/o límite principal proviene de su difícil acomodo con lo que es el proyecto general de Estados Unidos para El Salvador y más ampliamente para el área centroamericana. Ese proyecto tiene como objetivo principal el debilitar al máximo a quienes estima sus oponentes fundamentales. Tales son el gobierno sandinista y el FMLN sin descuidar tampoco a la URNG de Guatemala. El diálogo se usará en los tres países, especialmente en El Salvador y Nicaragua tanto cuanto sirva para desnaturalizar la consistencia de quienes expresamente se manifiestan como anti-imperialistas. Si el diálogo fuera a traer ventajas sustanciales a los movimientos revolucionarios, el diálogo sería neutralizado, como por razones parecidas, está siendo neutralizado el proceso de Contadora. Más específicamente, lo que

no se puede tolerar es una consolidación del poder militar del FMLN, sea porque puntos posibles del diálogo, como moratorias y treguas, lo favorecieran coyunturalmente, sea porque acuerdos finales de negociación le dieran una presencia significativa en la constitución final de la Fuerza Armada. Menor resistencia, pero fuerte resistencia al fin, habría, si el diálogo viniera a robustecer a la fuerza popular revolucionaria no armada; este camino se ve también con sospechas porque en definitiva puede llegar a constituirse en un medio poderoso para la conquista del poder por parte de los revolucionarios. En cambio, se vería con buenos ojos todo lo que llevara al abandono de las armas mediante acuerdos que permitieran la disputa del poder por la vía electoral; en este caso, se piensa que por esa vía nunca llegarán los revolucionarios al poder y, en caso de que llegaran, su poder formal estaría a merced de lo que dispusiera el poder real, constituido en gran parte por la Fuerza Armada y por otros poderes fácticos del capital. La presencia hegemónica norteamericana en los asuntos internos de El Salvador se constituye así en un límite objetivo a las posibilidades efectivas del diálogo. Es el límite fundamental y es la concausa más determinante tanto a la hora de promoverlo como de frenarlo, a la hora de darle un contenido u otro. Poco importa que haya sido iniciativa de Duarte el diálogo; hoy ha sido asumido por la administración Reagan en su proyecto para El Salvador y, consecuentemente, es algo que está fundamentalmente en sus manos. Ese límite dice: diálogo sí, en cuanto favorezca la desnaturalización del proyecto revolucionario a cambio de un término de la guerra y de un cierto progresismo del proyecto nacional; pero diálogo no, si va a impedir el recrudecimiento de la guerra y/o el fortalecimiento específico del FMLN.

Otra fuerza de limitación o de dificultad es la decisión de la extrema derecha de impedir el diálogo o de desnaturalizarlo por completo. Esta posición es más anti-diálogo que la posición norteamericana. Cobró su mayor fuerza entre noviembre de 1984 y marzo de 1985, especialmente tras el relativo fracaso de la reunión de Ayualo. La fuerte derrota electoral de ARENA ha debilitado de momento esa fuerza y, consiguientemente, su capacidad de oposición. Hoy no

cuenta con el apoyo explícito de la institución militar, aunque pueda contar con el apoyo explícito de algunos militares, algunos de ellos incluso importantes por su capacidad de maniobra, y no cuenta tampoco con el apoyo de la embajada norteamericana, la cual por boca del embajador saliente Pickering ha calificado a sus representantes como perdedores democráticos. Pero sería ingenuo desconocer su fuerza de reacción. La extrema derecha ha reaccionado eficazmente, lo cual no significa que lo haya hecho inteligentemente, en ocasiones anteriores donde aparentemente había recibido fuertes golpes. No es improbable que vuelva a reaccionar eficazmente, aunque pudiera parecer que está más dispuesta a hacerlo más inteligentemente, más racionalmente. Aunque algunos de sus dirigentes todavía se atreven a rechazar públicamente el diálogo y otros lo hacen a través de instituciones más o menos fantasma, no lo hacen ya con la virulencia de hace algunos meses, ya no se diga de hace algunos años. En esto se ha avanzado bastante, pero no conviene hacerse ilusiones. La extrema derecha no acepta el diálogo, la extrema derecha es una fuerza importante en el país y la extrema derecha usará esa fuerza para tratar de frenarlo y, si puede, lo impedirá. Pero esa fuerza no será decisiva, mientras no encuentre el apoyo de la administración Reagan —que hoy no lo tiene—, que es la llave para encontrar o no encontrar otros apoyos que le pondrían en capacidad de frenar definitivamente el proceso del diálogo.

Otro limitante, no por obvio menos operante, es el propósito presidencial y, más en general, el propósito partidista de no poner en peligro el poder ya adquirido tanto en el ejecutivo como en el legislativo. Así se explica por qué, una vez no logrado el éxito en Ayagualo y ante el desafío de unas nuevas elecciones, el sector gubernamental se replegó de manera total en la cuestión del diálogo. Duarte da por asentado que él es el presidente constitucional y que, consiguientemente, le compete toda la autoridad que la constitución le confiere, aunque no cuente con toda la fuerza. Para él el hecho de que haya una guerra civil no significa que tenga bajo su autoridad tan sólo una parte del país, por más que ésta sea la mayor —no se trata evidentemente de una cuestión me-

ramente territorial sino de una disputa de la totalidad del poder—, sino significa que tiene la autoridad sobre todo el país, por más que subversivos ilegales no le permitan ejercerla mediante actos de fuerza. De ahí su cuidado de no reconocer al enemigo como parte en conflicto, sino tan sólo como un sector alzado en armas, que hay que someter a la ley de grado o por fuerza. De hecho, reconoce que el FMLN-FDR es algo más que esto, ante todo porque ha sido algo más que un hecho injustificado, pero también porque actualmente es una poderosa fuerza dentro de la estructura unitaria, aunque conflictiva, del país. Tal situación compleja condiciona mucho las posibilidades de diálogo por parte de Duarte: de un lado, tiene que reconocer al adversario y sentarse con él aun a sabiendas de que legalmente ese adversario está fuera de la constitución; de otro, tiene que establecer con ese adversario una relación de superioridad, de modo que sea el sector gubernamental y, más en concreto, el presidente, quien conceda el diálogo, quien pretenda poner las condiciones del mismo. La pretensión de mantener a la par la figura constitucional del presidente de la república y la realidad efectiva de su poco o mucho poder hace que no pueda permitirse graves riesgos o apuestas peligrosas en la cuestión del diálogo. Así, si éste lo pusiera en malas relaciones con la Fuerza Armada o promoviera una fuerte desestabilización a manos de la extrema derecha, inmediatamente lo dejaría congelado, precisamente porque se le estaría acusando de traicionar su puesto constitucional, lo cual permitiría distintas formas de insubordinación por quienes adversan el diálogo. El tener que mantenerse como protagonista principal del diálogo hace que Duarte se vea muy limitado ya que es él quien debe tomar la iniciativa —punto en que entra en colisión con los frentes— pero, por otra parte, el tipo de iniciativa lo puede poner en contradicción con las fuerzas del país que intentan debilitar su posición.

Finalmente el FMLN-FDR es otro límite fundamental del diálogo. Ciertamente los frentes quieren el diálogo, pero lo quieren para llevar adelante intereses contrarios a los intereses de Duarte y de los norteamericanos. El límite y la dificultad vienen aquí no tanto del hecho del

### **El límite principal proviene de su difícil acomodo con el proyecto general de Estados Unidos para El Salvador y más ampliamente para Centroamérica.**

## **El FMLN-FDR quieren el diálogo, pero para llevar adelante intereses contrarios a los de Duarte y los norteamericanos:**

diálogo mismo, más ventajoso para el FMLN-FDR que para Duarte, sino del contenido del diálogo y de la disposición con la cual los frentes van a él. Los frentes no van al diálogo porque hayan perdido la guerra, sino porque son fuertes en la guerra; los frentes no van al diálogo para conseguir cosas pequeñas sino, como lo demuestra su propuesta de Ayagualo, para conseguir, al menos finalmente, cosas importantes, muy difíciles de aceptar por la parte gubernamental. La dificultad se atenúa, en cuanto la propuesta de los frentes tiene fases, pero no desaparece por completo, en cuanto supone no tanto una disputa sobre el orden socio-económico sino una disputa del poder. Con lo cual, el diálogo como camino hacia una negociación que termine con la guerra al asegurar la paz, se hace una tarea muy difícil, por cuanto la cuestión del poder y la cuestión de la guerra se constituyen en los dos elementos esenciales, sin cuya solución el diálogo puede alcanzar algunos resultados positivos para todos y especialmente para el pueblo salvadoreño, pero no resultados definitivos o simplemente satisfactorios. Duarte va al diálogo con la autoridad de presidente de la república y con la fuerza que le prestan Estados Unidos y el ejército, mientras que el FMLN-FDR va al diálogo con la autoridad moral que se arrogan los movimientos revolucionarios en situación social crítica y con la fuerza que son ellos mismos. Mientras los frentes no tienen que contar hoy por hoy más que consigo mismos —sin olvidar la pluralidad que tienen y, por tanto, los límites intrínsecos a la hora de decidir unitariamente—, Duarte tiene que contar con quienes no son él mismo, sino aliados más o menos coyunturales quienes podrían abandonarle y con ese abandono privarle de poder real.

Todo esto nos lleva a la conclusión de cuán difícil es el diálogo. Por eso no tiene por qué extrañar que haya avanzado tampoco en los nueve meses que lleva de vida. Sin embargo, no sería justo concluir que no haya supuesto nada en la marcha política del país y, menos aún, que no tenga futuro alguno.

### **3. Los logros positivos del diálogo**

El diálogo anunciado en las Naciones Unidas por el presidente Duarte, iniciado en La Pal-

ma y paralizado en Ayagualo, ha representado una novedad en el enfrentamiento civil salvadoreño. Hasta que Duarte tuvo la audacia de proponerle o de aceptarlo era prácticamente un delito y un peligro de muerte hablar de él; después de su propuesta ya no lo es. Y esto implica un avance importante, cuyas consecuencias hay que tener muy en cuenta sobre todo después de reabrir su discusión tras el resultado de las elecciones y tras el viaje del presidente a Estados Unidos.

Ciertamente con el presidente Magaña se iniciaron algunos pasos en torno al diálogo. La comisión de paz que surgió del Pacto de Apaneca (cfr. T.R. Campos, "El Pacto de Apaneca, un proyecto político para la transición," *ECA*, 1982,) ofreció tímidamente algunas pláticas a los frentes, las cuales efectivamente se tuvieron, aunque sin ningún resultado porque carecían no sólo de poder, sino incluso de autoridad moral y política. Asimismo el enviado especial del presidente Reagan, Richard Stone, entró en relación con los frentes, pero más para contentar al Congreso norteamericano que para hacer avanzar un proceso de diálogo. Estos pasos, aunque inútiles a la hora de hacerlo avanzar en sí mismo, fueron provechosos para hacer aceptable en el interior del país la idea del diálogo, tremendamente combatido por ARENA a lo largo de 1982, pero cuya contradicción fue perdiendo fuerza a medida que avanzaban los acontecimientos políticos. En esta línea, pero como progreso cualitativo, hay que entender y valorar la propuesta de diálogo por parte del presidente Duarte y, especialmente, el modo de realizarlo personalmente con toda publicidad en territorio salvadoreño y dando a los frentes una consideración absolutamente especial. Aunque el diálogo no ha logrado todavía ningún avance en sí mismo, se ha empezado a imponer como hecho y ya no sólo como idea. La extrema derecha ha tenido que aguantar no sólo la promoción de la idea del diálogo, sino también que se diera, de hecho, el diálogo, paso de importantes consecuencias políticas.

La primera y de momento la más importante es el reconocimiento de la situación real del país. El país está efectivamente en guerra y la guerra constituye en este momento el elemento determinante de nuestro proceso histórico. Un país en guerra no alcanza la paz por el camino de las

## **Se piensa que por la vía electoral, el FMLN nunca llegará al poder y en caso de llegar, su poder formal estaría a merced de lo que dispusiera el poder real, la Fuerza Armada y los otros poderes fácticos del capital.**

te partido a favor del diálogo. Sólo algunos de los más recalcitrantes partidarios de la violencia están en contra del diálogo, aunque también hay sectores menos entusiastas con él en la clientela de algunos de los partidos de derecha.

La cuarta consecuencia positiva es un cierto distanciamiento del PDC de los partidos y de las fuerzas de la extrema derecha. Todavía hoy los principales personeros de ARENA siguen rechazando la idea del diálogo y llegan hasta a aplaudir a Duarte cuando dice que no se prestará al juego de los diálogos tácticos. El proceso electoral no permitió un debate abierto sobre este punto, pero no es uno de los problemas en donde se separa el proyecto político del PDC del proyecto político de la extrema derecha. El partido en el poder, que busca ciertas alianzas con el PCN y con AD, no las busca con ARENA, ni siquiera en lo que podría plantearse como tarea nacional fundamental. Pero el PCN y AD son partidos que no están en contra del diálogo, mientras que ARENA lo está. No es ocasional esta divergencia ni este distanciamiento, el cual podría irse acrecentando, si el diálogo cobrara mayor fuerza y obtuviera resultados positivos, a los cuales la extrema derecha no tendría más remedio que plegarse so pena de volver a las acciones clandestinas y al esquinamiento histórico.

La quinta consecuencia es el favorecer una solución política sobre cualquier forma de solución militar o violenta. Ambas partes se acusan mutuamente de que el diálogo es para la contraria un movimiento táctico en el cual se busca reforzar las posiciones militares. Argumentos hay para ello. No es exagerado decir que ambas partes siguen confiando más en lo que puedan sacar de la guerra que en lo que puedan sacar del diálogo y de la negociación. Esto no obsta, sin embargo, a que se vayan reconociendo que la solución global, aun teniendo como componente importante de ella la guerra y la violencia, debe ser ante toda política, porque el problema es fundamentalmente político; no obsta igualmente a abrir la posibilidad de que dentro de esa solución global vayan tomando mayor relieve las acciones no violentas sobre las acciones violentas. La parte gubernamental ha puesto el acento también en las elecciones, en la democratización del país, en

la reactivación económica y en un mayor reconocimiento internacional, todas ellas características de una solución política. La parte no gubernamental lo ha puesto en una nueva reactivación de las masas sea en el campo sindical o en otros campos. Pero todos estos factores políticos dependen mucho del éxito o del fracaso del diálogo, el cual ya ha conseguido, siquiera indirectamente, una mayor apertura a la acción política no clandestina, si bien es verdad que no puede hablarse de causa y de efecto, sino más bien de un avance del proceso que lleva tanto a proyectar formas de diálogo como a permitir cierto tipo más abierto de actividad política en favor de los intereses y de la ideología de los frentes. El motor de todo ello es la fuerza propia o prestada de ambas partes en conflicto y, especialmente, la exigencia surgida de las necesidades de la guerra por parte gubernamental que no podría llevarla adelante, si es que no recibiera una ayuda norteamericana, más difícil de conseguir si no se respetan ciertas apariencias democráticas, impuestas por el Congreso de Estados Unidos.

Todos estos logros parecen ser de envergadura y, sobre todo, parecen contener semillas de un futuro más halagüeño para el pueblo salvadoreño. Pero, ¿lo son en realidad?

### **4. Estrangulamiento y paralización del diálogo**

Respaldado por el comité ejecutivo del FDR y la comandancia general del FMLN el 28 de mayo de 1985 se databa un comunicado en el cual los frentes levantaban acta notarial de que Duarte había roto el diálogo. En ese texto se dice: "Duarte rompió el diálogo. No se trata simplemente de retrasos o dificultades que se están superando. Estamos ante una ruptura del proceso iniciado en La Palma." Como argumento los frentes aducen que Duarte no respondió a su propuesta del 10 de mayo y rechazó en público la nueva propuesta del 9 de abril. Los frentes admiten que Duarte hizo por medio de la Iglesia un planteamiento general el 23 de abril para buscar conversaciones privadas previas fuera del país, pero se reconfirmó en su juicio porque a su propuesta del 6 de mayo Duarte respondió negativamente, no ofreció contrapropuesta y dejó entender que no está dispuesto a seguir el diálogo co-

mo lo venía proponiendo el FMLN-FDR. "Pero lo más grave," dice el comunicado, "es que Duarte se ha retractado en la práctica de todos y cada uno de los acuerdos adoptados en La Palma y Ayagualo. Desconoce la creación y el normativo de funcionamiento de la comisión especial de diálogo; desconoce el acuerdo de incorporar a todos los sectores de la vida nacional al proceso de diálogo. Lejos de cumplir con este acuerdo intenta sacar el diálogo del país. Ha ignorado los acuerdos de humanización del conflicto que se refieren al tratamiento de prisioneros y lisiados de guerra. Ha incumplido, finalmente, el acuerdo de celebrar la tercera reunión."

Por su parte, el presidente había denunciado anteriormente, tras el relativo fracaso de Ayagualo, la posición de los frentes ante el diálogo. Los acusó de mantener un diálogo táctico y no un diálogo sincero, de hacerle propuestas anti-constitucionales y de rechazar las medidas de tregua y de humanización del conflicto. Parecidos conceptos repitió el presidente en su discurso ante la asamblea legislativa con ocasión de su primer año de mandato. Pero, ardid más que alarmado por las últimas declaraciones de los frentes, reaccionó airadamente en estos términos: "ahora los terroristas han lanzado una campaña política, diciendo que yo he roto el diálogo. La mentira y la perfidia necesitan defenderse, pero la verdad y la razón se defienden solas. Por eso les digo a los terroristas que sigan mintiendo, porque van a fracasar, pues el pueblo sabe que tengo una voluntad férrea, una voluntad política de buscar, honesta y sinceramente la paz." El párrafo desentona claramente de los anteriores en los cuales no se llama a los frentes "terroristas," sino "alzados en armas" y donde no se habla de mentiras y de perfidia, sino a lo más de diálogo táctico. La prisa y la rabia no son las mejores actitudes para favorecer un clima de diálogo.

Sin embargo, ambas partes reiteran que quieren seguir dialogando. Para los frentes se trata de una necesidad que responde a la esperanza y a la aspiración del pueblo; para Duarte, en la parte anterior de su discurso, el diálogo debe llevar a la paz, algo que el pueblo salvadoreño quiere. Sin embargo, los hechos probatorios aducidos por los frentes no han sido desmentidos por el presidente en su réplica y esos hechos están debidamente testificados. Lo que varía naturalmente es la lectura del significado de estos hechos: mientras los frentes los leen como una

voluntad de ruptura por parte de Duarte, éste los lee como una reafirmación de su autoridad y de su desconfianza ante lo que son para él maniobras del frente.

Objetivamente consideradas las cosas, ha de afirmarse que muy poco ha avanzado el diálogo en sí mismo tras los 9 meses transcurridos desde su inicio en La Palma. Un inicio prometedor que mostró el deseo de ambas partes de emprenderlo seriamente, que mostró asimismo algunos puntos de coincidencia y hasta una cierta benevolencia de unos con otros, que podía favorecer pasos ulteriores. Después de eso, poco, muy poco. De hecho, sí se han dado algunos resultados en la línea de la humanización de la guerra, pero éstos ya se daban con anterioridad al diálogo, por ejemplo en la entrega y/o canje de prisioneros, la liberación de los lisiados, etc. Por razones políticas el FMLN-FDR forzó las cosas en Ayagualo y por razones políticas la parte gubernamental se espantó de lo que se le venía encima. Por ello fue la parte gubernamental la que hizo declaraciones no de ruptura total del diálogo, pero sí de un claro estancamiento. La práctica hasta el día de hoy ha demostrado que sigue ese estancamiento. Las causas de este estancamiento son la desconfianza mutua casi total de las partes, lo cual lleva a malinterpretar o a interpretar





**La extrema derecha no acepta el diálogo y es una fuerza importante en el país, la cual usará todo su poder para tratar de frenarlo y, si puede, impedirlo.**

siempre en el peor de los sentidos cualquier propuesta que hace el adversario; la serie de dificultades estructurales, cuya exposición más detallada hemos hecho en el apartado segundo de este artículo; la difícil coyuntura regional; la necesidad de no perder posiciones en el enfrentamiento mutuo; el que el diálogo represente menos para el lado gubernamental que para los frentes.

Pero si el diálogo no ha avanzado, no por ello ha de decirse que ha fracasado totalmente. Ya antes aludíamos a las ventajas que se han seguido de él directa o concomitantemente. También ha de asegurarse que todavía no ha sido roto formalmente por ninguna de las dos partes. Y también puede apuntarse que un manejo más sabio del mismo tanto por lo que toca a las partes como por lo que toca al mediador podía desempantanarlo. Duarte no tiene toda la culpa de este empantanamiento, de este peligro de desfiguración de uno de los pocos medios importantes que restan para acabar racionalmente con el conflicto. Pero lo que aquí nos toca examinar es por qué Duarte no ha podido llevar adelante el diálogo. No basta con decir que las circunstancias y los frentes le han puesto dificultades, pues éstas eran de esperarse cuando se lanzó la iniciativa. Hay que decir algo más.

Ante todo, Duarte no ha tomado con la debida seriedad el diálogo. Si la guerra es el problema mayor con que se encuentra hoy el país y si el diálogo/negociación es el medio principal, no violento, para terminar con ella y antecedentemente para disminuir sus males, hay que asegurar que Duarte y su gobierno no le han dado al diálogo la importancia decisiva que tiene. Más bien lo han tomado como una más de las cosas que ha de hacer el gobierno y no de las más principales. Se ha dado más importancia, desde luego, a la marcha de la guerra, aunque respecto de ella poco puede hacer y decidir el honorífico comandante general de la Fuerza Armada; se ha dado mayor importancia a las relaciones internacionales con sucesivos viajes presidenciales al exterior, especialmente a Estados Unidos; se ha dado mayor importancia a las elecciones de diputados y alcaldes, las cuales han absorbido gran parte de la actividad gubernamental al menos durante 4 meses en el último año; se ha dado mayor importancia a mejorar las relaciones con los milita-

res y también incluso con los representantes de la empresa privada; se ha dado mayor importancia a la mejora de imagen dentro y fuera del país. Quiere esto decir que apenas ha quedado nada para el diálogo, punto más importante y difícil que casi todos los demás, pues en él se hace presente no sólo la guerra, sino la posibilidad de un gran acuerdo nacional sin el cual no es posible gobernar el país ni dar al pueblo lo que realmente necesita. Esta falta de seriedad que puede ser premeditada —maniobra táctica— o puede ser forzada por la urgencia de otros puntos o por la presión de otros intereses, es algo que tiene mucho que ver con el empantanamiento del diálogo.

Duarte tampoco ha emprendido con audacia el diálogo. Mejor dicho, lo emprendió con audacia, pero lo continuó con medrosidad. Evidentemente con el diálogo se corren riesgos importantes, riesgos incluso físicos, pero sobre todo riesgos políticos, tanto en el ámbito del apoyo norteamericano como en el ámbito interno del país. Bien está que se ampare en la constitución y que trate de evitar en un primer momento violaciones flagrantes de la misma. Bien está que mire sus fuerzas y las mida para no emprender lo que no puede acabar, para no prometer lo que no puede realizar. Pero aún así y todo, se necesita audacia. Detener, por ejemplo, el diálogo porque los frentes van a hacer de él publicidad y propaganda, poner trabas en relación con ello, es desconocer la importancia del diálogo, las propias posibilidades propagandísticas y, sobre todo, que en el fondo de la cuestión no se trata de un problema de propaganda. Tener miedo al fracaso de tal o cual reunión en un proceso largo de diálogo/negociación, de modo que no se lance a ella sin tener asegurados los resultados, es desconfiar de la justicia de la causa que se defiende o de la capacidad propia de negociación en comparación con la del adversario. Mostrarse intransigente en cosas que no son esenciales es mostrar miedo de que se toquen puntos —por ejemplo el de la no intervención extranjera en los asuntos del país o una moratoria concertada respecto de la armamentización— que constituyen el núcleo o uno de los núcleos del problema. En definitiva, si no se tiene la audacia de reconocer la importancia real de los frentes en el país y no se tiene la audacia de permitir que tengan en él el puesto



que se debe a esa importancia, se estará en muy mala disposición para que el diálogo sea, como debe ser, algo más que una maniobra exculpatoria de la guerra y eventualmente de la represión.

Duarte tampoco ha mostrado lucidez en el problema del diálogo. Pareciera, por lo pronto, que se ha olvidado de lo que es la guerra del país, de lo que es la guerra no para los que la hacen, sino para los que la sufren, de lo que es la guerra no entre las comodidades y dispendios de la ciudad, sino en los campos del país, en amplias zonas que ya no aguantan más y cuyo sufrimiento hay que palpar, no desde el helicóptero que sobrevuela o desde el carro blindado que separa, sino desde la realidad cotidiana. Pareciera, en segundo lugar, que no ha sopesado cómo la guerra nos está poniendo casi totalmente en manos de los norteamericanos y cómo la guerra está poniendo los destinos de la patria en manos de los militares. Pareciera, en tercer lugar, que no se ha preguntado cuánto va a durar esta guerra y si la va a poder concluir en los 4 años de presidencia que le restan, como si el tiempo no importara y como si hubiera posibilidad alguna de gobernar para la paz en este torbellino de la guerra que va a más. Si todo esto es así, se requiere un gran esfuerzo de lucidez para encontrar caminos nuevos de solución. Duarte lo empezó a hacer cuando lanzó efectivamente la propuesta del diálogo y cuando la puso en marcha de un modo sobresaliente. Pero no siguió adelante porque no analizó con lucidez los supuestos del mismo, que no son otros que la existencia de unos frentes a los

cuales ni de hecho ni de derecho se les puede descalificar fácilmente, por cuanto serían suficientes para derrocarlo, si es que no fuera sostenido por la administración Reagan. Ciertamente Duarte no cuenta ni con el suficiente poder ni con bastante margen de maniobra como para enfrentar con seriedad, audacia y lucidez las consecuencias del diálogo. Pero, al no reconocer públicamente que carece de ese poder y de ese margen, sobre él cae la responsabilidad de emprenderlo, como se debiera; de no enredarse en triquiñuelas, de estropear posibles avances por el uso indiscriminado de una retórica inflamatoria. Ni vale decir que los frentes le dan motivo para responderles así; es aquí donde un ejercicio de lucidez debiera sacarle de un círculo vicioso en el cual se empana el diálogo en un quiero y no puedo, en la contradicción de afirmarlo como necesario y de negarlo como posible. La lucidez política no se demuestra haciendo malabarismos para mantenerse en el poder o haciendo ejercicios de prestigiatización para mejorar la imagen; la lucidez política se demuestra sobre todo tomando los problemas más graves de raíz para darles soluciones radicales. A la hora de buscar vías de reactivación económica se es radical obligando a los más desfavorecidos a que den una vuelta más al tornillo de la miseria; a la hora de buscar vías de militarización se es radical vendiendo gran parte de la autonomía nacional a los intereses extranjeros. Pero a la hora del diálogo ya no se es radical. No se es radical a la hora del diagnóstico en el cual se sigue insistiendo que la causa de la guerra

es una imposición desde la Unión Soviética, Cuba y Nicaragua; consiguientemente, no se es lúcida-mente radical a la hora del remedio. Un problema, como el de la guerra, el cual domina la situación del país desde hace más de 4 años y que hasta ahora sólo se lo ha combatido directamente por medio de las armas con tan pobres resultados, implica que no se lo ha planteado lúcida-mente y no se le han buscado lúcida-mente caminos de solución que no sean los armados. Y la prueba mejor de ello es que el diálogo, el cual podría hacer suponer un planteamiento lúcido y una búsqueda de solución asimismo lúcida, está de momento paralizado por estrangulación.

En conclusión, debe afirmarse que el primer año presidencial de Duarte, visto desde el problema del diálogo, es del todo satisfactorio. Lo que se ganó con su lanzamiento, se perdió con su estancamiento. Quizá pueda darse mayor importancia política a lo primero que a lo segundo. Pero con una condición, con la condición de que el diálogo no quede definitivamente invalidado o de que el diálogo no se convierta en puro subterfugio ideológico para entregarse de lleno a la tarea de la guerra que, no se olvide, es la tarea de la destrucción del país. Si se quiere evitar esta tragedia, es necesario dar un decidido paso adelante, como fue decidido el paso que se dio en La Palma. Y ese paso exige dejar de lado lo inmediato y aparente para ir a lo permanente y esencial, dejar lo formalístico para llegar a contenidos. Ese paso exige seriedad, audacia y lucidez. No se necesita que en un primer momento se logren resultados espectaculares. Lo que más falta hace ahora es

consolidar el diálogo como un proceso institucionalizado que permita avanzar en busca de soluciones parciales a los más apremiantes problemas de la guerra. Una vez consolidado el diálogo, sin hacer punto esencial de él el que las conversaciones secretas se tengan dentro o fuera del país —el mediador debiera ponderar imparcialmente quién tiene mayor razón práctica en este punto y debiera llevar a las partes a un consenso en el cual ambas cedieran y ganaran— debieran comenzarse a dar logros pequeños, pero firmes y significativos para el pueblo, dentro de un plan general que fuera de lo más sencillo a lo más complejo, siempre poniendo los ojos, no en lo que favorece más a cada una de las partes en conflicto, sino a la mayoría de la población víctima de ese conflicto. Ha llegado la hora de que ambas partes, dejando de lado inmediatismos, propagandas y miedos, demuestren con los hechos, más que con las palabras, que realmente quieren el diálogo, porque el diálogo es objetivamente una necesidad histórica y es subjetivamente un anhelo de la mayor parte del pueblo salvadoreño. Hasta ahora ninguna de las dos lo ha demostrado fehacientemente, porque no se ha estado dispuesto a perder en lo accidental para ganar en lo esencial. Esto demuestra la dificultad del empeño, pero no demuestra ni la imposibilidad del diálogo ni la voluntad cautelosa que ambas partes tienen de emprenderlo. Está en juego una enorme responsabilidad política: la de no haber intentado sacar adelante un medio que puede resultar decisivo a la hora de acortar la agonía del pueblo salvadoreño.

